

EL HEROE DE LAS TUNAS

Por el Dr. José Antonio Clark

Los últimos días de Agosto marcaron un aniversario más de la Toma de Tunas, la memorable acción de guerra donde el Brigadier Mario Menocal, buscando la muerte, encontró la gloria, que lo acompañó para siempre. Casi coincidió tal fecha con la muerte de Hércules, cuyos restos acompañé a pie desde el Capitolio hasta el Cementerio, al lado de sus hijos, y en recuerdo de la afectuosa admiración que durante toda la vida profesó mi padre al Caudillo.

Hasta la Naturaleza quiso poner un detalle triste al presentar el día gris y lluvioso, no obstante lo cual nuestros conciudadanos, como ungidos de respetuoso reconocimiento se agolpaban por miles durante el trayecto fúnebre, para dar el último adiós al que despreció las balas, quien se apareció siempre con respaldor de Apóstol, y quien pudo, durante la vida civil, mantener las virtudes que había labrado con su espada en la guerra.

No se vió más partido político que "cubanos", ni más pensamiento que reverenciar al hombre que supo ser guía y antorcha de nuestro país. Comprendí mejor el pesar de mi pueblo cuando vi innumerables mujeres haciendo la señal de la cruz con profundísima devoción al pasar el féretro.

Aquellos que no fuimos sus compañeros de armas o sus soldados, tuvimos el tristísimo privilegio de acompañarle hasta su última Casa.

Ya muerto, pertenece a la Historia. Las centurias se obligarán a juzgarlo. Estamos aún muy cerca para tal cosa. Los hombres grandes, como las cosas grandes, necesitan de enorme perspectiva para enjuiciarlos.

Lo ha reclamado la Inmortalidad al sentarse al lado de los prohombres de la América.

Así como existió un siglo para el Renacimiento de las Artes, en este pasado floreció la Libertad en el Continente; etapa de honor que comenzó con Miranda en Venezuela y se cerró por Mario Menocal en Cuba, según magnífico pensamiento de mi amigo Lamar Schweyer.

Parece que Menocal había recibido órdenes de sus compañeros muertos, para seguir sus mandatos; él, que era el último Mayor General, grado al que había llegado desde soldado raso.

Como los árboles centenarios, pudo resistir los huracanes, y con su raigambre colosal, después en la calma, reverdeció su copa para dar mejores frutos. Menocal, a mi manera de ver, evolucionando constantemente su cerebro, desde los primeros días de la República hasta los nuestros, iba superándose, camino de la perfección humana. Antes de su muerte, seguramente un vasto plan de consolidación nacional bullía en su mente: nuevos derroteros a seguir por sus conciudadanos, buscando amplios campos para la felicidad del país.

Por su visión clara y serenísima y por su carácter, tenía contextura de guaiador de multitudes.

Su éxito consistió en enfrentarse con el porvenir, arrancándole sus secretos. Sus ojos veían más lejos que los otros.

Cuando se levante su monumento, que será toda Cuba alzando los brazos en plegaria al Cielo, tremolará una bandera a los cuatro puntos cardinales con una sola inscripción: **Al más amigo de sus amigos.**

El mismo día del entierro, cerca de la suntuosa capilla donde reposaban los restos del General, nos hablaba con emoción Miguel Coyula, su amigo de medio siglo—quien probablemente llegó más profundamente al corazón del Caudillo—de los actos de guerra de Menocal, y entre otras cosas habló de mi padre, que con Coyula, había salido de su pueblo natal, Regla, para incorporarse ambos a las filas de la Revolución. Coyula y mi padre, después de haber estado separados, por haber llegado a Cuba en distintas expediciones, se encontraron en la Toma de Tunas, donde estuvieron con Mario Menocal.

En una de las campañas de Napoleón, éste dijo a sus soldados que a su regreso sería un galardón sin igual el haber peleado por las Águilas Imperiales en la batalla de Austerlitz; y yo, por la parte que me corresponde, reclamo una gloria para mi padre: haber estado con el General Menocal en la Toma de Tunas, "donde parecía que se había vuelto a detener el Sol para ver la maravilla", grande victoria de los cubanos, en sus diversos aspectos, durante la guerra del 95.

Por eso he pensado transcribir un fragmento del diario de guerra de mi padre, el Coronel de Sanidad Militar, José Andrés Clark y Mascaro.

2

que da una idea de aquel hecho glorioso para las armas cubanas, cuyo punto central fué la actuación del entonces Brigadier Menocal; pudiendo esta acción compararse con cualquiera de las grandes que han tenido lugar en nuestro Hemisferio.

Diario de Campaña del Coronel José Andrés Clark: TOMA DE TUNAS (Agosto 30 de 1897)

"Tunas, como la llamamos nosotros, o Victoria de las Tunas, como la llaman los españoles, es una ciudad pequeña, pero de nombre en nuestra Historia, por haber sido atacada por nuestras fuerzas durante la guerra del 68; y habiendo quedado la primera vez en poder de los "godos", la bautizaron con el nombre pomposo de Victoria, en medio de la borrachera y del desenfreno característico en toda fiesta monárquica. Ahora, que la heroicidad de nuestro Ejército les ha arrancado esa presa, ¿cómo la llamarán? ¿Seguirán llamándola Victoria? ¿Por qué no? ¿No son glorias españolas Trafalgar y Arapiles?

"Hasta hace pocos días la ciudad era ocupada por una guarnición compuesta de quinientos hombres de tropa, de sesenta a cien voluntarios, algunos guerrilleros y unas cien familias. Contaba con veintidós fuertes y cañones para su defensa. Era jefe de la plaza un comandante.

"Al presente, las llamas lo consumen todo, pero a la vez purifican el ambiente saturado de infamias: caen los edificios a la explosión de la dinamita; pero con ellos se derrumba un baluarte más de la opresión, un estorbo a la libertad. Lágrimas de mujeres y ayes de dolor, provocan la conflagración, la pérdida de vidas y la ruina; pero, no importa; es necesario que Cuba sea libre; que sólo con lágrimas y sangre es como puede prepararse el filtro con que hemos de cautivar a la Diosa Libertad. Los pueblos que adquieren sus derechos con sangre y lágrimas de sus hijos, son los que saben conservarlos, son los que saben sostenerlos. En el porvenir, cuando los cubanos conozcamos cuántos sacrificios han sido necesarios para conquistar la independencia, no osaremos traicionarla. Ah! si al menos tuviéramos este premio los que ahora luchamos! Si no sucediera, como ha sucedido en toda la América Latina, que los más irreductibles enemigos de la independencia se apoderen después de la cosa pública!

"Nos duele que la libertad de Cuba haya de levantarse sobre ruinas, a costa de males para nuestros conciudadanos, pero es preferible que el mundo nos juzgue mártires, y hasta locos, a que nos crean envidiosos.

"En la noche del 27 al 28 se construyeron en las cercanías de la ciudad cinco trincheras de troncos de árboles, tierra y ladrillos, para emplazar nuestra artillería. A la madrugada se llevaron allí los cañones. Eran cinco: "General Maeco" (de dinamita); "Key West" (de doce libras); "Holguín", "Camagüey" y otro sin nombre (de diez libras cada uno). Al amanecer—poco después del toque de diana—el General Calixto García mandó aviso a la ciudad de que iba a ser atacada, con el fin de que pudieran salir de ella las familias; pero el jefe de la plaza, creyendo sin duda que nos rechazaría, no les permitió la salida. Mal enterado estaba de que los mil doscientos (1,200) que allí estábamos teníamos la firme resolución de morir antes que abandonar nuestro propósito. ¡Cómo desconocía el empuje de los setecientos (700) infantes que iban al ataque! ¡Qué poco sabía él quién era el General García!

"Pasó una hora... a las seis comenzó el cañoneo. Los españoles usaban también sus cañones. El ruido era ensordecedor. De vez en cuando se dejaba oír el chasquido breve, rápido, que produce el cañón de dinamita y un segundo después el estampido terrible, monstruoso, de la bomba al estallar. Es una sensación especial la que se experimenta cuando cerca de uno estalla una de esas bombas; se crispán los nervios, se contraen los músculos, se siente como si nos comprimieran, como si un gran peso gravitara sobre nuestras vísceras. Cada bomba de éstas—me contaba después el doctor Benedit, médico mayor de la plaza, que fué hecho prisionero—a más de destruir los fuertes y parapetos, sembraba tal consternación, que dentro de los fuertes nadie se entendía. Caían los soldados a racimos, no heridos, sino atontados, presas del pavor, me decía otro médico, el doctor Sulduga. En verdad que el doctor Sulduga es el hombre más cobarde que he conocido.

"A las ocho ya había tres fuertes derribados y dos abandonados. Nuestra joven bandera ocupó el lugar que antes ocupara la apolillada de España. ¡Qué gloria, qué alegría, cuando la vimos gallarda, luciendo sus colores! ¡Qué placer tan intenso ver la tricolor sagrada, ver la instig-



nia de nuestros sacrificios prestar su estrella, sus franjas y su triángulo al beso purísimo de la victoria, de aquella victoria en que tanto soñamos, la obtenida a cañonazos! Aquella mañana eran más brillantes sus colores, más vívida su estrella, que de costumbre. ¿Estará satisfecha? ¿Es que las banderas tienen un alma? Todo lo que he soportado aquí, todo lo que he dejado por detrás, todo lo que he perdido en la bruma del pasado: juventud, carrera familia, amores—todo lo que es más caro a mi espíritu, todo lo que es más querido a mi corazón, está compensado con el goce de la hora bendita en que nuestra bandera deshacía sus pliegues a impulsos del viento sobre el muro de una fortaleza española y en que le entonaban himnos de victoria el ruido de la fusilería y el estampido del cañón.

“A las doce el Brigadier Mario Menocal tomó al asalto el Cuartel de Caballería. Nuestra infantería avanzó a pecho descubierto, mientras nosotros acribillaban a balazos. No importa. Los nuestros se lanzan, y con las manos o las culatas de los fusiles les derriban los parapetos. Menocal heroico llegó hasta las aspilleras y allí fué herido, por suerte levemente. Tomado este Cuartel, ya no se dudó del triunfo, ya era nuestro; la frase de “Héroe de Tunas” y “Vencedor de la Victoria”, que alguien ha proferido al hablar de Menocal, encontró eco y calor entre nosotros. ¡Qué tensión nerviosa la de aquellos momentos! Qué horas tan llenas de gloria hemos tenido. Han sido tres días y nos parece que entra más aire en nuestro pecho, que late mejor nuestro corazón; sentimos la vida que nos invade vida libre, vida de hombres; gozamos ya el porvenir; saboreamos para mañana la vida civilizada, la vida culta, sin España, sin la Guardia Civil, sin el Celador, sin el Capitán General, sin sospechas, sin intrigas, sin cárceles, sin Isla de Pinos, sin Fernando Poo. ¡Ah!... ¡Viva Cuba Libre!

“El cañoneo continuó hasta la puesta del sol. A la noche hubo fuego de fusilería por todas partes. Nuestra infantería se posesionó de los arrabales de la ciudad.

“El día siguiente—el veintinueve—se presentó oscuro y lluvioso; parecía de invierno. Esto me preocupó: lo tomé a mal presagio. Me tenía disgustado la herida de Menocal, a quien fui a ver en su rancho. A las nueve se me ordenó incorporarme al Cuartel General—yo prestaba mis servicios en el Tercer Cuerpo, en Camagiiey—que se encontraba en la trinchera del cañón “Camagiiey”. El cañoneo duró todo el día, pero no tan nutrido como el día anterior, (28), sin más incidente que algún fuerte derribado y algunos prisioneros hechos al enemigo. Por nuestra parte, las bajas menudeaban: tuvimos ese día más de cuarenta heridos y muertos. Algunos veían horriblemente

mutilados, transportados por compañeros hasta donde estaba establecida la Sanidad. Cráneos rotos con el cerebro fuera de su cavidad, caras destrozadas, piernas magulladas, vienes tres agujereados, brazos deshechos, un torbellino de carne y de sangre. A mediodía, nuestras fuerzas avanzaron, llegando al centro de la ciudad. Un asistente mío fué con ellas y mi ayudante Victor Casalis recogió y trajo hasta donde yo estaba a un Comandante nuestro herido, que murió poco después, mientras yo, con mi capa de agua, lo protegía de la lluvia y lo asistía. No sé el nombre de este Comandante, porque es de las fuerzas de Oriente, que no conozco. Sólo puedo decir que era de la raza negra. Esa noche dormimos en el suelo. Durante ella se oyeron tiros en todas direcciones.

“Amaneció el treinta (30) y no oímos el cañón. Los españoles pidieron tregua para curar sus heridos y enterrar sus muertos. Se le concedió una hora. Después habló el cañón de nuevo, y ya entonces los fuertes iban cayendo uno tras otro en poder nuestro.

“A las once, la victoria era completa y la plaza nuestra. La música entona el Himno de Bayamo y nuestra bandera, entre vivas y aclamaciones, es colocada en lo más alto del fuerte “Telégrafo”, último en rendirse. Los españoles estaban aterrados, no sabían las bajas que habían sufrido. Nosotros hemos tenido hoy sesenta y cuatro (64) heridos y veinticuatro (24) muertos.

“Han caído en nuestro poder quinientos veinte mil (520,000) tiros, cuatrocientos cincuenta (450) mousers, un cañón y los restos de otro con su parque, cuatro carretas de medicinas, mucha ropa, géneros, zapatos, sombreros, montañas, libros y hasta pianos. Prisioneros no sé cuántos, entre ellos dos médicos—el doctor Benedid (casado con una cubana que nos insultó a Molinet y a mí, de una manera despiadada, a pesar de que la tratamos con tanta consideración que hasta le cedimos nuestra tienda para dormir: era seguramente una loca o una histérica enloquecida por los sucesos), y el doctor Suldoga—quienes fueron puestos en libertad en unión de los demás prisioneros con autorización y garantía para dirigirse a donde quisieran. Se les invitó a firmar, un acta, lo que hicieron gustosos.

“Para mí es ésta la acción más importante de la actual guerra. Tomar una plaza bien fortificada después de destruir a cañonazos veintiún fuertes, de haberle desmontado una batería de artillería y destrozado otra, de habernos burlado de sus cacareadas bayonetas, de haberles ganado palmo a palmo sus posiciones y dejarnos medio millón de tiros, cañones, armas de mano, etc., es la primera vez que se hace en Cuba.

“¡Cuánto me he acordado de Maceo! Coincidencia maravillosa: el cañón “General Maceo” es el que nos ha dado la victoria. En todo lo grande de nuestro país, por algo está mezclado el nombre del héroe de Cacarajicara y Ceja del Negro. Es verdad, como me dice mi prima Luisa Facetti del Crabb en una carta: “El General Maceo, hasta después de muerto nos ayuda”.

M, Sep 24/4

